

que fué más leído y traducido que ningún otro autor español, salvo el nuestro. El triunfo de la espontánea y arrebatadora grandilocuencia del venerable dominico sobre el artificio del predicador cortesano fué completo después de 1582, en que apareció la primera traducción de las *Meditaciones*. Pero Guevara se sobrevivió en sus imitadores, no sólo en Lily y en su precursor Pettie, sino en Jerónimo Painter, que insertó en su colección novelística *Palace of pleasure* cinco de las supuestas cartas de Plutarco y Trajano inventadas por nuestro obispo, y en los dos principales *eufuistas* Tomás Lodge y Roberto Greene. La sugestión ejercida por las obras y por el inmenso prestigio de Guevara, a quien Thomas North ponía por encima de todos los escritores modernos, opinión que fué la dominante en Inglaterra durante poco menos de una centuria, no debe tenerse por causa única de la aparición de esta escuela, pero se combinó con ciertas tendencias extravagantes del humanismo inglés, para favorecer el desarrollo del nuevo estilo, cuya analogía de procedimientos con el del obispo de Mondoñedo es obvia.

Abundan en la literatura alemana las traducciones de Guevara por Egidio Albertino y otros intérpretes, siendo memorable también la espléndida edición latina del *Relox de Príncipes*, acrecentada con innumerables aforismos y notas que mandó hacer en 1611 el duque de Sajonia Federico Guillermo. Pero no sabemos que lograra allí tan notables imitadores, como los tuvieron Quevedo y Gracián en Moscherosch y otros satíricos y moralistas del siglo XVII. Durante aquella centuria fué declinando en toda Europa el astro de Marco Aurelio, hasta quedar definitivamente eclipsado cuando apareció otra invención pedagógico-política, en que las reminiscencias de la *Cyropedia* se combinaban con las de la *Odisea*. El filósofo emperador sucumbió a manos del joven Telémaco, pero después de haber tenido una dominación de las más dilatadas que recuerda la historia literaria, y que seguramente estaban lejos de adivinar el bachiller Rhua cuando descargaba sobre el obispo de Mondoñedo la formidable maza de su crítica y don Diego de Mendoza cuando escribía la chistosa carta de Marco Aurelio a Feliciano de Silva, burlándose del estilo de uno y otro y confundiéndolos con notoria injusticia (1). Con lo cual se comprueba una vez más que nadie es profeta en su patria.

A muy diverso campo que el de la historia seudoclásica nos trasladan las preciosas narraciones de asunto granadino que en el siglo XVI nacieron al calor de los romances fronterizos, última y espléndida corona de nuestra Musa popular, que en ellos se mostró a un tiempo espontánea y artística, enriquecida con los progresos de la poesía culta y libre de sus amaneramientos, clásica, en fin, si se la compara con la de los rudos e inexpertos cantores de otros tiempos. En estas bellas rapsodias épicas están inspiradas las dos casi únicas (2), pero muy notables tentativas de novela morisca que debemos a nuestros ingenios del siglo XVI: la *Historia de Abindarráez y Jarifa* y las *Guerras civiles de Granada*, cuyos autores hicieron con la poesía narrativa más próxima a su tiempo una transformación análoga a la que había intentado Pedro del Corral respecto de la epopeya más antigua.

La anécdota del Abencerraje pasa generalmente por auténtica, y nada tiene de inverosímil ni de extraordinaria en sí misma, aunque el primer historiador propiamente tal que la menciona es Gonzalo Argote de Molina (3), a quien su romántica fantasía hacía

(1) Vid. *Sales Españolas...* recogidas por D. A. Paz y Melia, págs. 229 y ss.

(2) Digo casi únicas, porque la historia de *Osmín y Daraja*, que Mateo Alemán insertó como episodio en su *Guzmán de Alfarache*, pertenece al mismo género. Ya hablaremos de ella a su tiempo.

(3) En su *Noblez de Andalucía*, 1588, fol. 296.

demasiado crédulo para todo género de leyendas caballerescas. De todos modos, el principal personaje, Rodrigo de Narváez, es enteramente histórico, y Hernando del Pulgar le dedica honrosa conmemoración en el título XVII de sus *Claros varones de Castilla*: «¿Quién fue visto ser más industrioso ni más acepto en los actos de la guerra que Rodrigo de Narvaez, caballero fidalgo, a quien por notables hazañas que contra los moros hizo le fue cometida la cibdad de Antequera, en la guarda de la qual, y en los vencimientos que hizo a los Moros, ganó tanta fama y estimación de buen caballero, que ninguno en sus tiempos la ovo mayor en aquellas fronteras?» Pero ni el cronista de la Reina Católica ni Ferrant Mexía, el autor del *Nobilario Vero* (1492), que se gloriaba de contar entre sus parientes a Narváez, a quien llama «caballero de los bienaventurados que ovo en nuestros tiempos, desde el Cid acá, batalloso e victorioso» (lib. II, cap. xv), se dan por enterados de su célebre acto de cortesía con el prisionero abencerraje. Es cierto que al fin de la *Historia de los Arabes* de don José Antonio Conde se estampa, con el título de *Anécdota curiosa* (1), este mismo cuento, y aun se añade que «la generosidad del alcaide Narváez fue muy celebrada de los buenos caballeros de Granada y cantada en los versos de los ingenios de entonces». Pero semejante noticia tiene trazas de ser una de las muchas invenciones y fábulas de que está plagado el libro de Conde, y por otra parte, basta leer su breve relato de la aventura para comprender que no está traducido de ningún texto árabe, sino extractado de cualquiera de las novelas castellanas que voy a citar inmediatamente. Arrastrado quizá por la autoridad que en su tiempo se concedía a la obra de Conde, y más aún por el justo crédito del genealogista Argote, todavía don Miguel Lafuente Alcántara, en su elegante *Historia de Granada* (2), dió cabida a la anécdota del moro. Y sin embargo, bien puede sospecharse que Argote no conocía la historia de los amores de Abindarráez más que por el *Inventario* de Villegas, a quien cita, ni Conde más que por ese mismo libro, o más probablemente por la *Diana* de Montemayor.

Pasando, pues, del dominio de la historia al de la amena literatura, nos encontramos con dos narraciones novelescas, casi idénticas en lo sustancial, y que a primera vista pueden parecer copia la una de la otra. La más breve, la más sencilla, la que con toda justicia puede considerarse como un dechado de afectuosa naturalidad, de delicadeza, de buen gusto, de nobles y tiernos afectos, en tal grado que apenas hay en nuestra lengua escritura corta de su género que la supere, es la que fué impresa por dos veces en la miscelánea de verso y prosa que, con el título de *Inventario*, publicó un tal Antonio de Villegas en Medina del Campo. La primera edición de este raro libro es de 1565, la segunda de 1577; pero consta en ambas que la licencia estaba concedida desde 1551, circunstancia muy digna de tenerse en cuenta por lo que diremos después (3).

(1) *Historia de la dominación de los árabes en España, sacada de varios manuscritos y memorias árabigas, por el doctor D. José Antonio Conde...* Tomo III (Madrid, 1821), pp. 262-265.

(2) Tomo II (edición de París, Baudry, 1852), pp. 42-45.

(3) *Inventario de Antonio de Villegas, dirigido a la Magestad Real del Rey Don Phelippe nuestro Señor... En Medina del Campo, impresso por Francisco del Canto. Año de 1565. Con privilegio. 4.º.* — *Inventario de Antonio de Villegas... Va agora de nuevo añadido un breve retrato del Excelentissimo Duque de Alua... Impresso en Medina del Campo por Francisco del Canto, 1577. A costa de Hieronymo de Millis, mercader de libros. 8.º.*

Amplios extractos de este libro, y entre ellos la novela del *Abencerraje*, reproducida con entera sujeción a la ortografía y puntuación del original, se hallan en el libro de D. Cristóbal Pérez Pastor *La Imprenta en Medina del Campo* (Madrid, 1895), pp. 199-218.

El mérito de haber renovado en nuestro siglo la memoria, ya casi perdida, de este sabroso cuento, corresponde al bibliófilo D. Benito Maestre, que llegó a reunir una colección muy

Mondoñedo (1). La aparición de este su primer libro fué uno de los grandes acontecimientos literarios de aquella corte y de aquel siglo, tanto en España como en toda Europa. Fué tan leído como el *Amadís de Gaula* y la *Celestina*, y es cuanto puede encarecerse. Se multiplicaron sus ediciones en latín, en italiano, en francés, en inglés, en alemán, en holandés, en danés, en húngaro, en casi todas las lenguas vulgares de Europa, y todavía en el siglo XVIII hubo quien le tradujese al armenio. Tuvo panegiristas excelsos y encarnizados detractores. Fué la biblia y el oráculo de los cortesanos, y el escándalo de los eruditos. Hoy yace en el olvido más profundo. En realidad, ni una cosa ni otra merecía. El *Marco Aurelio* no es la mejor obra de Guevara: vale mucho menos que sus epístolas tan graciosas y tan embusteras, según frase del P. Isla; vale menos que sus tratados cortos de moral mundana, como el *Menosprecio de la corte* y el *Aviso de privados*. Pero Guevara es un escritor de primer orden, uno de los grandes prosistas anteriores a Cervantes, y no hay rasgo de su pluma que no merezca atención, cuanto más este libro que era el predilecto suyo, el que trabajó con más esmero y el que más ruido hizo entre sus contemporáneos.

¿Influyó algo en esto el que se le tuviese por historia verdadera del emperador Marco Aurelio y por epístolas auténticas de aquel emperador las que contiene? Creemos que no. La ficción era demasiado transparente para que nadie de mediano juicio cayese en engaño. Ya antes de imprimirse el *Relox de principes*, negaban muchos la autenticidad de tales cartas; y la parte del prefacio en que Guevara les contesta, alegando el

rador, eloquentissimo orador, impreso en Venecia por Juan Bautista Pedrezano, en 1532 (según creemos, con asistencia del corrector Francisco Delicado) «por importunacion de muy muchos señores a quien la obra y estilo y lengua romance castellana muy mucho aplaze: correcto de las letras que trocadas estavan». A lo menos, en el frontis se dice que contiene «muchas cosas hasta aqui en ningun otro impresas».

Son muy numerosas las ediciones posteriores a éstas, pero no tienen estimación bibliográfica.

(1) «Yo comence a entender en esta obra el año de mil y quinientos y diez y ocho, y hasta el año de veynte y quatro ninguno alcançó en qué yo estava ocupado: luego el siguiente año de veynte y quatro, como el libro que tenia yo muy secreto estuviessse divulgado, estando su Magestad (Carlos V) malo de la quartana, me le pidió para pasar tiempo y aliviar su calentura. Yo serví a su Magestad entonces con Marco Aurelio: el qual aun no le tenia acabado ni corregido, y supliquéle humildemente que no pidia otra merced en pago de mi trabajo, sino que a ninguno diessse lugar que en su real camara trasladasse el libro, porque en tanto que yo yva adelante con la obra, y que no era mi fin de publicarla de la manera que entonces estava, si otra cosa fuesse, su Magestad sería muy deservido y yo perjudicado. Mis pecados que lo uvieron de hacer: el libro fue hurtado y por manos de diversas personas traydo y trasladado, y como unos a otros le hurtavan y por manos de pajes le escrevian, como cada dia crescian en él más la faltas, y no avia más de un original por do corregirlas. Es verdad que me trugeron algunos a corregir: que si supieran hablar, ellos se quexasen más de los que los escrivieron, que no yo de los que le hurtaron. Añadiendo horror sobre horror, ya que yo andava al cabo de mi obra y queria publicarla, remanesce Marco Aurelio impreso en Sevilla, y en este caso yo pongo por juezes a los lectores entre mí y los impresores, para que vean si cabia en ley ni justicia un libro que estava a la imperial magestad dedicado, era el auctor niño, estava imperfecto, no venia corregido, que osase ninguno imprimirlo ni publicarlo. No parando en esto el negocio imprimieronse otra vez en Portugal y luego en los reynos de Aragon, y si fue viciosa la imprission primera no por cierto lo fueron menos la segunda y tercera; por manera que lo que se escribe para el bien comun de la republica, cada uno lo quiere aplicar en provecho de su casa. Otra cosa aconteció con Marco Aurelio, la cual he verguença de la dezir, pero más la habrán de tener los que la osaron hazer, y es que algunos se hazian auctores de la obra toda, otros en sus escripturas enxerian parte della como suya propia: lo qual parece en un libro impreso do el auctor puso la plática del villano, y en otro libro tambien impreso puso otro la habla que hizo Marco Aurelio a Faustina, quando le pidió la llave. Pues estos ladrones han venido a mi noticia, bien pienso yo que se deve aver hurtado más hazienda de mi casa. En esto veran que Marco Aurelio no estava corregido, pues agora se le damos muy castigado. En esto veran que no estava acabado, pues agora sale perfecto. En esto veran que le faltava mucho, pues agora le veran añadido...» (Fol. XIII de la edición de Valladolid).

testimonio del código que le habían traído de Florencia, está escrita en tono de burlas, y sirve para confirmar lo mismo que niega: «Muchos se espantan en oír dotrina de Marco Aurelio, diziendo que cómo ha estado oculta hasta este tiempo, y que yo de mi cabeza la he inventado... Los que dizen que yo solo compuse esta dotrina, por cierto yo les agradezco lo que dizen, aunque no la intención con que lo dizen, porque a ser verdad que tantas y tan graves sentencias haya yo puesto de mi cabeza, una famosa estatua me pusieran los antiguos en Roma. Vemos en nuestros tiempos lo que nunca vimos, oimos lo que nunca oimos, experimentamos un nuevo mundo, y por otra parte maravillámonos que de nuevo se halle ahora un libro». Y como si no bastase el hallazgo del código Florentino, nos anuncia a continuación otro no menos prodigioso que le habían enviado de Colonia: el de los diez libros de *Bello Cantabrico*, escritos nada menos que por el emperador Augusto; y añade con sorna: «Si por acaso tomasse trabajo de traducir aquel libro, como son pocos los que le han visto, también dirian dél lo que dizen de Marco Aurelio».

Todos los libros profanos de Fr. Antonio de Guevara, sin excepción alguna, están llenos de citas falsas, de autores imaginarios, de personajes fabulosos, de leyes apócrifas, de anécdotas de pura invención, y de embrollos cronológicos y geográficos que pasman y confunden. Aun la poca verdad que contienen está entretrejida de tal modo con la mentira que cuesta trabajo discernirla. Tenía, sin duda, el ingeniosísimo fraile una vasta y confusa lectura de todos los autores latinos y de los griegos que hasta entonces se habían traducido, y todo ello lo baraja con las invenciones de su propia fantasía, que era tan viva, ardiente y amena. Lo que no sabe, lo inventa; lo que encuentra incompleto, lo suple, y es capaz de relatarnos las conversaciones de las tres famosas cortesanas griegas Lamia, Laida y Flora, como si las hubiese conocido.

Todo esto en un historiador formal sería intolerable, pero ¿por ventura lo era fray Antonio de Guevara? No creemos que nadie le tuviese por tal, a pesar de su título de crónista del César. El no se recataba de profesar el más absoluto pirronismo histórico, y cuando uno de los mejores humanistas de su tiempo, el Bachiller Pedro de Rhua, profesor de letras humanas en la ciudad de Soria, emprendió, quizá con más gravedad y magisterio de lo que el caso requería, pero con selecta erudición, con crítica acendrada y a veces con fina y penetrante ironía, poner de manifiesto algunos de los infinitos yerros y falsedades históricas que las obras de Guevara contienen, el buen Obispo le contestó con el mayor desenfado que no hacia hincapié en historias gentiles y profanas, salvo para tomar en ellas un rato de pasatiempo, y que fuera de las divinas letras no afirmaba ni negaba cosa alguna. La réplica del Bachiller Rhua es una elocuente y admirable lección de crítica histórica, pero Guevara no estaba en disposición de recibirla. Le faltaba el respeto a la santa verdad de las cosas pasadas, y a los oráculos de la venerable antigüedad. Pero tampoco era un falsario de profesión como los Higuera y Lupianes del siglo XVII, sino un moralista agridulce que buscaba en la historia real o inventada adorno o pretexto para sus disertaciones, donde lo de menos era la erudición y lo principal la experiencia del mundo, un satírico, entre mordaz y benévolo, de las flaquezas cortesanas; y sobre todo un original artífice de estilo, creador de una forma brillante y lozana, culta y espléndida, cuyo agrado no podemos menos de sentir, aun teniendo que declararla muchas veces viciosa y amanerada.

Claro es que la profesión religiosa y la dignidad episcopal del agudo autor montañés (1) no se compadecían muy bien con tan desenvuelta y extravagante manera de

(1) La patria de Guevara consta de una manera explícita en su *letra al abad de San Pedro*

de Rodrigo de Narváez, que insertó en su novela pastoril *La Enamorada Elisea* (1594). Todo esto apenas pertenece a la poesía; pero no sucede lo mismo con un romance anónimo, de poeta culto, que comienza así:

Ya llegaba Abindarráez—a vista de la muralla...

y con otro que puso Lope de Vega en la *Dorotea*:

Cautivo el Abindarráez—del alcaide de Antequera... (1)

Todas estas variaciones sobre un mismo tema poético prueban su inmensa popularidad, a la cual puso el sello Cervantes, haciendo recordar a don Quijote, entre los desvaríos de su imaginación, después de la aventura de los mercaderes toledanos (Parte primera, cap. V), «las mismas palabras y razones que el cautivo Abencerraje respondía a Rodrigo de Narváez, del mismo modo que él había leído la historia en la *Diana* de Jorge de Montemayor, donde se escribe». Después de tan alta cita, huelga cualquiera otra; pero no quiero omitir la indicación de un poema en octavas reales y en diez cantos, tan tosco e infeliz como raro, que compuso en nuestra lengua un soldado italiano, Francisco Balbi de Correggio (1593), con el título de *Historia de los amores del valeroso moro Abinde-Arraes y de la hermosa Xarifa* (2).

Ninguna de estas versificaciones, ni siquiera la linda comedia de Lope de Vega *El remedio en la desdicha* (3), que por el mérito constante de su estilo, por la nobleza de los caracteres, por la suavidad y gentileza en la expresión de afectos, por el interés de la fábula, y aun por cierta regularidad y buen gusto, tiene entre las comedias de moros y cristianos de nuestro antiguo repertorio indisputable primacía, puede disputar la palma a la afectuosa y sencilla narración del autor primitivo. El verdadero lenguaje del amor que, con tan inútil empeño las más de las veces, buscaron los autores de novelas sentimentales y pastoriles, extraviados por la retórica de Boccaccio y de Sannazaro, suena como deliciosa música en los coloquios de Jarifa y Abindarráez. ¡Y qué bizarro alarde y competencia de hidalguía y generosidad entre el moro y el cristiano! La historia de Abindarráez fué el tipo más puro, así, como fué el primero, de la novela granadina, cuya descendencia llega hasta el *Ultimo Abencerraje*, de Chateaubriand. Con candoroso, pero no irracional entusiasmo, pudo escribir don Bartolomé Gallardo en su ejemplar del *Inventario*, al fin de las páginas que contienen el cuento de Jarifa: «Esto parece que está escrito con pluma del ala de algún ángel».

Lo que había hecho en lindísima miniatura el autor, quien quiera que fuese, del *Abencerraje*, lo ejecutó en un cuadro mucho más vasto el murciano Ginés Pérez de Hita en su célebre libro de las *Guerras civiles de Granada*, cuya primera parte, que es la que aquí mayormente nos interesa, fué impresa en Zaragoza, en 1595, con el título de *Historia de los bandos de los Zegríes y Abencerrajes... agora nuevamente sacada de un libro arabigo, cuyo autor de vista fue un moro llamado Aben Hamín, natural de Granada*.

(1) Los romances relativos a Abindarráez figuran en la colección de Durán con los números 1.089 a 1.094, pero hay que añadir los de Padilla, que sólo se encuentran en su *Romancero*, reimpreso por la *Sociedad de Bibliófilos españoles en 1880* (pp. 220-241), el de Jerónimo de Covarrubias (fol. 245 de *La Enamorada Elisea*) y quizá algún otro que no recuerdo.

(2) *Historia de los amores del valeroso moro Abinde-Arraes y de la hermosa Xarifa Abencerrases. Y la batalla que hubo con la gente de Rodrigo de Narvaez a la sazón Alcaide de Antequera y de Alora, y con el mismo Rodrigo. Vueltos en verso por Francisco Balbi de Correggio... En Milan, por Pacifico Ponzio, 1593.*

(3) Inserta en la parte XIII de su teatro (1620) y reimpresa en el tomo XI de las *Obras de Lope*, edición de la Academia Española, con un breve estudio de quien esto escribe.

La segunda parte, concerniente a la rebelión de los moriscos en tiempo de Felipe II, es historia anovelada, y en parte, memorias de las campañas de su autor; obra verídica en el fondo, como se reconoce por la comparación con las legítimas fuentes históricas, con Mármol y Mendoza. Pero la primera parte, única que hizo fortuna en el mundo (aunque la segunda, por méritos distintos, también lo mereciese), es obra de otro carácter: es una novela histórica, y seguramente la primera de su género que fué leída y admirada en toda Europa, abriendo a la imaginación un nuevo mundo de ficciones.

Nadie puede tomar por lo serio el cuento del original arábigo de su obra, que Ginés Pérez de Hita inventó (1) a estilo de lo que practicaban los autores de libros de caballerías; su misma novela indica que no estaba muy versado en la lengua ni en las costumbres de los mahometanos, puesto que acepta etimologías ridículas, comete estupendos anacronismos y llega a atribuir a sus héroes el culto de los ídolos («un Mahoma de oro») y a poner en su boca reminiscencias de la mitología clásica. Pero sería temerario dar todo el libro por una pura ficción. Otras muchas novelas se han engalanado con el calificativo de históricas sin merecerlo tanto como ésta. Histórico es el hecho de las discordias civiles que enflaquecieron el reino de Granada y allanaron el camino a la conquista cristiana. Histórico la existencia de la tribu de los Abencerrajes y el carácter privilegiado de esta milicia. Histórico, aunque no con las circunstancias que se supone, ni por orden del monarca a quien Hita le atribuye, el degüello de sus principales jefes. Aun el peligro en que se ve la Sultana parece nacido de alguna vaga reminiscencia de las rivalidades de harem entre las dos mujeres de Abul-Hassán (el Muley Hazén de nuestros cronistas): Zoraya (D.^a Isabel de Solís) y Aixa, la madre de Boabdil. La acusación de adulterio, la defensa de la Reina por cuatro caballeros cristianos, es claro que pertenece al fondo común de la poesía caballeresca; y sin salir de nuestra casa, le encontramos en la defensa de la Emperatriz de Alemania por el conde de Barcelona Ramón Berenguer (véase la crónica de Desclot), en la de la Reina de Navarra por su entenado D. Ramiro (véase la *Crónica general*), en la de la duquesa de Lorena por el rey D. Rodrigo, según se relata en la *Crónica* de Pedro del Corral. Pero aun siendo falso el hecho, y contradictorio con las costumbres musulmanas, todavía la circunstancia de intervenir D. Alonso de Aguilar es como un rayo de luz que nos hace entrever la vaga memoria que a fines del siglo XVI se conservaba del reto que a aquel magnate cordobés de triste y heroica memoria, dirigió su primo el Conde de Cabra, dándoles campo franco el rey de Granada Muley Hazén, según consta en documentos que son hoy del dominio de los eruditos (2). Aun por lo que toca a los juegos de toros, cañas y sortijas, al empleo

(1) «Algunas cosas de aquestas no llegaron a noticia de Hernando del Pulgar, coronista de los Católicos Reyes, y así no las escribio, ni la batalla que los cuatro caballeros cristianos hizieron por la reina, porque dello se guardó el secreto... Nuestro moro coronista supo de la sultana debajo de secreto todo lo que pasó. Visto por el coronista perdido el reino de Granada, se fue a Africa y a Tremecen, llevando todos los papeles consigo; allí murió y dexó hijos y un nieto suyo, no menos habil que él, llamado Argutarfa, el cual recogió todos los papeles de su abuelo, y en ellos halló este pequeño libro, que no estimó en poco, por tratar la materia de Granada, y por grande amistad se lo presentó a un judío llamado Saba Santo, quien le sacó en hebreo por su contento, y el original arabigo le presentó a D. Rodrigo Ponce de Leon, conde de Bailen. Y por saber lo que contenía y por haberse hallado su abuelo y bisabuelo en las dichas conquistas, le rogó al judío que le tradujese al castellano, y despues el conde me hizo merced de darmelo». (Cap. XVII).

Cervantes parodió todo este cuento al referirnos el hallazgo de los cartapacios arábigos que compró en el Alcaná de Toledo, y que un morisco le tradujo por dos arrobas de pasas y dos hanegas de trigo.

(2) *Relaciones de algunos sucesos de los últimos tiempos del reino de Granada, que publica la Sociedad de Bibliófilos Españoles*. Madrid, 1868, pp. 69-143.

de blasones, divisas y mote; y al ambiente de galantería que en todo el libro se respira, y que parece extraño a las ideas y hábitos de los sarracenos, ha de tenerse en cuenta que el reino granadino, en sus postrimerías y aun mucho antes, estaba penetrado por la cultura castellana, puesto que ya en el siglo XIV podía decir Aben-Jaldún que «los moros andaluces se asemejaban a los gallegos (es decir, a los cristianos del Norte) en trajes y atavíos, usos y costumbres, llegando al extremo de poner imágenes y simulacros en el exterior de los muros, dentro de los edificios y en los aposentos más retirados» (1).

La elaboración de la *Historia de los Bandos* fácilmente se explica sin salir del libro mismo, ni conceder crédito alguno a la invención del original árabe de Aben-Hamin, no menos fantástico que el de Cide Hamete Benengeli (2). A cada momento cita e intercala Ginés Pérez, en apoyo de su relación, romances fronterizos del siglo XV, históricos a veces y coetáneos de los mismos hechos que narran. Y con frecuencia también resume o amplifica en prosa el contenido de otros romances mucho más modernos y de diverso carácter: los llamados *moriscos*, que a fines del siglo XVI se componían en gran número; género convencional y artificioso, cuanto animado y brillante, que Pérez de Hita no inventó, pero a cuya popularidad contribuyó más que nadie con su libro. Con este material poético mezcló algo de lo que cuentan los historiadores castellanos, Pulgar y Garibay especialmente, que son casi los únicos a quienes menciona. Y sin duda se aprovecharía también del conocimiento geográfico que adquirió del país cuando anduvo por él como soldado contra los moriscos (3), y quizá de tradiciones orales, y por tanto algo confusas,

(1) Prolegómenos de Aben-Jaldún, en el tomo XVI, pág. 267, de las *Notices et extraits des manuscrits de la Bibliothèque Imperiale de France*.

(2) El libro de Pérez de Hita fué leído entre los moriscos, y uno de ellos le tradujo al árabe o más bien le compeadió en un manuscrito que Gayangos poseía, adquirido en Londres, en la venta de los libros de Conde. Este es el pretense original de que algunos han hablado.

(3) Son muy escasos los datos que poseemos acerca de Ginés Pérez de Hita. Fueron recogidos, no con el mejor orden, por el difunto magistrado D. Nicolás Acero y Abad, en su libro *Ginés Pérez de Hita, estudio biográfico y bibliográfico* (tomo I, único publicado), Madrid, imprenta de Hernández, 1889.

No es seguro que pertenezca a nuestro Hita la partida bautismal de un Ginés Pérez, hallada por el Sr. Acero en la parroquia de San Miguel de la villa de Mula, pero todo induce a creer que nació en aquella villa, que tan expresivamente elogia en la segunda parte de las *Guerras Civiles* (cap. IV):

Francisco de Melgarejo
De Mula salió alistado,
Fuerte villa del Marqués
Y la mejor del reinado.

En la portada de sus libros se titula «vecino de la ciudad de Murcia», y de aquella capital le supone hijo el P. Morote, en su *Antigüedad y blasones de la ciudad de Lorca* (pp. 340 y 358). Según las noticias genealógicas sacadas por el Sr. Acero del Archivo municipal de Mula, la familia de los Hitas se encuentra sin interrupción en aquella villa y procede de uno de los primeros pobladores de ella.

Además de las *Guerras Civiles de Granada* se conocen dos obras de Ginés Pérez de Hita, compuestas, por desgracia, no en su apacible prosa, sino en pésimos metros. La una es cierto poema o más bien crónica rimada que en 1572 escribió en octavas reales y en diez y seis cantos con el título de *Libro de la población y hazañas de la muy noble y muy leal ciudad de Lorca*, y que, sin gran menoscabo de las letras patrias, ha permanecido inédita hasta nuestros días, estragándose más y más en las repetidas copias, después de haber servido de fondo principal a la narración en prosa del P. Morote. Le ha publicado íntegro el Sr. Acero en su libro ya citado (pp. 341-368). La otra, que ya hemos tenido ocasión de mencionar, es una versión de la *Crónica Troyana* en verso suelto, con algunos trozos rimados. En la Biblioteca Nacional se conserva el manuscrito, al parecer autógrafa, rubricado en todas las planas para la impresión y encabezado así: *Los diez y siete libros de Daris del Belo troyano, agora nuevamente sacado de las antiguas y verdaderas ystorias, en verso, por guines perez de hita, vecino de la ciudad de Murcia. Año 1596.* Había militado a las órdenes de D. Luis Fajardo, marqués de los Vélez, en la guerra contra

que corrían en boca del vulgo, en los reinos de Granada y Murcia. A esta especie de tradición familiar puede reducirse el personaje de aquella Esperanza de Hita, que había sido esclava en Granada y cuyo testimonio invoca a veces nuestro apócrifo e ingenioso cronista, a menos que no sea pura invención suya para enaltecer su apellido (1).

Compuesta de tan varios y aun heterogéneos elementos, la novela de Ginés Pérez no podía tener gran unidad de plan, y realmente hay en ella bastantes capítulos episódicos y desligados, que se refieren por lo común a lances, bizarrías y combates singulares de moros y cristianos en la vega de Granada. Son los principales héroes de estas aventuras el valiente Muza, el Maestre de Calatrava D. Rodrigo Téllez Girón, Malique Alabéz, D. Manuel Ponce de León y el áspero y recio Albayaldos. El estrépito de los combates se interrumpe a cada momento con el de las fiestas. Pero la acción principal es, sin duda, la catástrofe de los abencerrajes, leyenda famosa, cuyos datos conviene aquilatar.

La voz *Abencerraje* es de indudable origen árabe: *Aben-as-Serrach*, el hijo del Sillero (2). Esta poderosa milicia, de procedencia africana, interviene a cada momento en la historia granadina del siglo XV, ya imponiéndose a los emires de Granada como una especie de guardia pretoriana, ya sosteniendo a diversos usurpadores y pretendientes del solio. Los reyes, a su vez, se vengaban y deshacían de ellos cuando podían. Los historiadores más próximos a la conquista y mejor enterados de lo que en Granada pasaba atribuyen a Abul-Hassán, no uno, sino varios degüellos de abencerrajes y de otros caballeros principales, hasta un número muy superior al de treinta y seis que da Pérez de Hita, quien, por lo demás, yerra únicamente en atribuir la matanza a Boabdil y no a su padre. Hernando de Baeza, intérprete que fué del rey Chico, narra el caso en estos términos:

«Estando, pues, este rrey (Abul-Hassán) metido en sus vicios, visto el desconcierto de su persona, levantaronse ciertos caballeros en el rreyno... y alzaron la obediencia del rrey, y hicieronle cruda guerra: entre los cuales fueron ciertos que decían Abencerrajes, que quiere decir los hijos del Sillero, los cuales eran naturales de allende, y habían pasado en esta tierra con deseo de morir peleando con los christianos. Y en verdad ellos eran los mejores caballeros de la gineta y de lanza que se cree que ovo jamas en el rreyno de Granada: y aunque fueron casi los mayores señores del Reyno, no por eso mudaron el apellido de sus padres, que eran Silleros: porque entre los moros no suelen despreciarse los buenos y nobles por venir de padres oficiales. El rey, pues, siguió la guerra contra ellos, y prendió y degollo muchos de los caballeros, entre los quales degollo siete de los

los moriscos (1569-1571), y la relación de estas campañas forma el principal asunto de la segunda parte de las *Guerras Civiles de Granada*, donde quedan muchas pruebas de la nobleza de su corazón, de su humanidad con los vencidos y del horror y lástima que le causaban los desmanes de sus compañeros de armas. Al fin condena en términos expresos el destierro de los moriscos: «Finalmente, los moriscos fueron sacados de sus tierras, y fuera mejor que no se les sacara por lo mucho que han perdido dello su Majestad y todos sus reinos». Se precia de haber salvado, en el horrible estrago que en el pueblo de Félix hizo *el endiablado* escuadrón de Lorca, a veinte mujeres y un niño de pecho (Parte II, cap. VIII).

(1) «Estas y otras lastimosas cosas decia la affligida Sultana con intento de romper sus transparentes venas para desangrarse; y resuelta en darse este genero de muerte, llamó a Celima y a una doncella cristiana llamada Esperanza de Hita, que la servía, la cual era natural de la villa de Mula, y llevandola su padre y cuatro hermanos a Lorca a desposarla, fueron salteados de moros de Tirieza y Xiquena, y defendiendose los cristianos mataron más de diez y seis moros; y siendo mortalmente heridos los cristianos, cayeron muertos los caballeros» (Parte I, cap. XIV).

(2) Eguilaz (D. Leopoldo), *Glosario etimológico de las palabras españolas de origen oriental* (Granada, 1886), p. 10.

abencerrajes; y degollados, los mandó poner en el suelo, uno junto con otro, y mandó dar lugar a que todos los que quisiesen los entrasen a ver. Con esto puso tanto espanto en la tierra, que los que quedaban de los Abencerrajes, muchos de ellos se pasaron en Castilla, y unos fueron a la casa del duque de Medina Sidonia, y otros a la casa de Aguilar, y ahí estuvieron haciendoles mucha honrra a ellos y a los suyos, hasta que el rrey chiquito, en cuyo tiempo se ganó Granada, rreynó en ella, que se volvieron a sus casas y haciendas: los otros que quedaron en el Reyno, poco a poco los prendió el rrey, y dizen que de solo los abencerrajes degollo catorze, y de otros caballeros y hombres esforzados y nombrados por sus personas fueron, segun dizen, ciento veinte y ocho, entre los cuales mató uno del Albaicin, hombre muy esforzado...» (1).

Pero no eran estas inauditas crueldades las primeras del emir Abul-Hassán. Otras había perpetrado antes, conforme refiere Hernando de Baeza; y por ellas se explica una creencia tradicional todavía en la Alhambra, y enlazada en la fantasía del pueblo con la matanza de los abencerrajes. Siendo todavía príncipe, prendió al rey Muley Zad, competidor de su padre, «y lo truxo al Alhambra, y el padre le mandó degollar, y ahogar con una *tovaja* a dos hijos suyos de harto pequeña edad; y porque al tiempo que lo degollaron, que fue en una sala que está a la mano derecha del cuarto de los Leones, cayó un poco de sangre en una pila de piedra blanca, y estuvo allí mucho tiempo la señal de la sangre, hasta hoy los moros y los cristianos le dizen a aquella pila la pila en que degollaban a los reyes» (2).

Ginés Pérez de Hita, aunque no habla de la mancha de sangre, dice que los treinta y seis abencerrajes fueron degollados en la *cuadra de los Leones, en una taza de alabastro muy grande* (Cap. XIII). En esto pudo engañarle su fantasía, porque es difícil admitir que los abencerrajes penetrasen hasta el cuarto de los Leones, que pertenece a la parte más reservada del palacio árabe, es decir, al harem (3).

En la novelita de *Abindarraez y Jarifa*, muy anterior a las *Guerras Civiles de Granada* (pues aun la refundición de Antonio de Villegas estaba hecha en 1551), se cuenta la matanza de los abencerrajes de un modo bastante próximo a la historia, sin hacer intervenir al rey Boabdil ni mentar para nada los amores de la Sultana ni el patio de los Leones. Verdad es que, en cambio, se hace remontar el suceso a la época de D. Fernando el de Antequera. Pero ya en este relato se ve a los abencerrajes presentados con la misma idealización caballeresca que en las novelas y en los romances posteriores (4).

(1) *Relaciones de los últimos tiempos del reino de Granada*, p. 9.

(2) Pág. 5 de las *Relaciones*.

(3) Como tradiciones análogas a la del degüello de los Abencerrajes recuerda Schack (*Poesía y arte de los árabes en España*, traducción de D. Juan Valera, tomo II, 1868, pp. 236-238), la leyenda oriental del exterminio de la tribu de Temin por un rey de Persia, y la famosa *noche toledana* del tiempo de Alhaken II (siglo IX). Pudo haber imitación en los pormenores del relato, pero la leyenda granadina no es una mera trasplatación, puesto que tiene un fondo histórico.

(4) «Hubo en Granada un linaje de caballeros, que llamaban los Abencerrajes, que eran la flor de todo aquel reino, porque en gentileza de sus personas, buena gracia, disposición y gran esfuerzo hacían ventaja a todos los demás; eran muy estimados del rey y de todos los caballeros, y muy amados y quistos de la gente comun. En todas las escaramuzas que entraban salían vencedores, y en todos los regocijos de caballería se señalaban. Ellos inventaban las galas y los trajes, de manera que se podía bien decir que en ejercicio de paz y guerra eran ley de todo el reino. Dicese que nunca hubo Abencerraje escaso ni cobarde, ni de mala disposición; no se tenía por Abencerraje el que no tenía dama, ni se tenía por dama la que no tenía Abencerraje por servidor. Quiso la fortuna, enemiga de su bien, que desta escelencia cayesen de la que oíras. El rey de Granada hizo a dos destos caballeros, los que más valían, un notable e injusto agravio, movido de falsa información que contra ellos tuvo, y quisose decir, aunque yo no lo creo, que estos dos, y a su instancia otros diez, se conjuraron de matar al rey y dividir el reino

Falta averiguar cómo pudo mezclarse el nombre de una reina en Granada en tal asunto, ajeno al parecer a toda influencia femenina. Pero creo que todo se aclara con este pasaje del juicioso y fidedigno historiador granadino Luis del Mármol Carvajal (1), que, aunque escribía a fines del siglo XVI, trabajaba con excelentes materiales: «Era Abil Hascén hombre viejo y enfermo, y tan sujeto a los amores de una renegada que tenía por mujer, llamada la Zoraya (no porque fuese este su nombre propio, sino por ser muy hermosa (2), la comparaban a la estrella del alba, que llamaron Zoraya), que por amor della había repudiado a la Ayxa, su mujer principal, que era su prima hermana, y con grandísima crueldad *hecho degollar algunos de sus hijos sobre una pila de alabastro que se ve hoy día en los alcázares de la Alhambra en una sala del cuarto de los Leones*, y esto a fin de que quedase el reino a los hijos de la Zoraya. Mas la Ayxa, temiendo que no le matase el hijo mayor, llamado Abi Abdilehi o Abi Abdalá (que todo es uno), se lo había quitado de delante, descolgándole secretamente de parte de noche por una ventana de la torre de Comares con una soga hecha de los almaizares y tocas de sus mujeres; y unos caballeros llamados los *Abencerrajes* habían llevadle a la ciudad de Guadix, queriendo favorecerle, porque estaban mal con el Rey a causa de haberles muerto ciertos hermanos y parientes, so color de que uno dellos había habido una hermana suya doncella dentro de su palacio; mas lo cierto era que los quería mal porque eran de parte de la Ayxa, y por esto se temía dellos. Estas cosas fueron causa de que toda la gente principal del reino aborreciesen a Abil Hascén y contra su voluntad trajeron de Guadix a Abi Abdilehi su hijo, y estando un día en los Alixares le metieron en la Alhambra, y le saludaron por rey; y cuando el viejo vino del campo no le quisieron acoger dentro, llamándole cruel, que había muerto sus hijos y la nobleza de los caballeros de Granada».

El testimonio de Mármol, que siempre merece consideración aun tratándose de cosas algo lejanas de su tiempo, aparece confirmado en lo sustancial por el del famoso compilador árabe Almacari (3) y por el de Hernando de Baeza, que habla largamente de la rivalidad entre las dos reinas, y como cliente que era de Boabdil, trata muy mal a la *Romía* (Zoraya), a la cual, por el contrario, tanto quiso idealizar Martínez de la Rosa en la erudita y soporífera novela que compuso con el título de *Doña Isabel de Solís* (1837-1846).

Lo que sólo aparece en Mármol, y casi seguramente procede de una tradición oral, verdadera o fabulosa, es la intervención de los abencerrajes en favor de la sultana Aixa, y el pretexto que se dió para su matanza, es decir, los amores de uno de ellos con una hermana del Rey. De aquí al cuento de Pérez de Hita no hay más que un paso; dos

entre sí, vengando su injuria. Esta conjuración, siendo verdadera o falsa, fue descubierta, y por no escandalizar el rey al reino, que tanto los amaba, los hizo a todos en una noche degollar; porque a dilatar la injusticia, no fuera poderoso de hacella. Ofrecieronse al rey grandes rescates por sus vidas, mas él aun escuchallo no quiso. Cuando la gente se vio sin esperanza de sus vidas, comenzó de nuevo a llorarlos: llorabanlos los padres que los engendraron y las madres que los parieron; llorabanlos las damas a quien servían y los caballeros con quien se acompañaban, y toda la gente comun alzaba un tan grande y continuo alarido, como si la ciudad se entrara de enemigos... Sus casas fueron derribadas, sus heredades enajenadas y su nombre dado en el reino por traidor».

(1) *Historia del rebelión y castigo de los moriscos del reino de Granada* (Málaga, por Juan René, 1600), lib. I, cap. XII.

(2) En esto de la hermosura no parece que anduvo muy bien informado Mármol, porque Hernando de Baeza que la conoció, aunque ya vieja, dice que le pareció que «no había sido mujer de buen gesto».

(3) *The history of the Mohammedan dynasties in Spain... by Ahmed ibn Mohamed Al-Makkari... translated by Pascual de Gayangos...* London, 1843, t. II, pp. 370 y 371.